



BIBLIOTECA



PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

MEXICO

1888

*Ala Biblioteca
blica de Esta*

Francisco L. G.

I.

La Ciudad de los Palacios.

SUAVE y grata somnolencia iba apoderándose de mí y embargando mis sentidos; pues no daba siquiera pretexto para dormir pesadamente la fácil digestión de la comida ó comestramo que, en lacónica ración y de rala sustancia, se servía á los huéspedes de D. Ambrosio Barbadillo; y cuando ya entraba en esa confusión de imágenes é ideas que precede al sueño, un trueno que estalló en el cielo y se alejó en seguida, como rodando sobre un empedrado de peñas enormes, me hizo dar un salto, que estremeció la mal segura cama sobre las débiles patas que la sostenían.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

Un trueno, así como á las tres de la tarde de un día de Mayo, era causa bastante para despertar en un rancharo ausente de la *querencia* una multitud de recuerdos, de esos que antes son sentidos en el corazón que evocados en la mente. Yo sentí en el alma la libertad y la alegría del campo, al par que sus puras emanaciones, y en mi imaginación se pintaron aquellos hermosos cuadros con que de niño alimentaba esa sed insaciable de poesía, que es como el estímulo de las almas buenas, cuando aun no conocen el de la ruín envidia ni el de la voraz ambición.

¿Cómo no sentir la nostalgia del campo? La tierra está seca y sedienta; los árboles mustios se visten de hojas tostadas por el sol ardiente de la primavera; los arroyos arrastran apenas delgados hilos de agua, que absorbe ansiosa la caliente arena del lecho; las llanuras están amarillentas, y los ganados pacen en ellas con desgana y tristeza, prefiriendo quizá la sombra escasa de los árboles, que mitiga el ardor de siesta, al pasto miserable, áspero y sin jugo, que entresaca de los zacatales. Y cuando el campo está

así, asoma por detrás de la azulada sierra la nube blanca, semejando copo de limpio algodón, asciende con lentitud, se ensancha, abarca toda la línea del cielo, que cortan caprichosamente las crestas de las montañas del Norte; avanza hasta el zenit, cambiando su blancura en oscuro color de plomo, y al fin anuncia la resurrección de la naturaleza con el ronco trueno que en su seno estalla, y que repiten las escarpaduras de la sierra, para esparcirle con doblado estruendo sobre el valle estremecido.....

Aquel trueno parece la voz de Dios, según alienta y vigoriza el alma, alegra y exalta el corazón, impone y conmueve; y parece que á ella contesta la naturaleza toda, despertando al conjuro de la buena nueva, como tocada de eléctrica corriente. Es el verdor de los campos que se anuncia; es el rumor de los arroyos y el suspiro del viento entre los árboles que llega; es la mies que crece y se cubre de penachos de oro; es la vida, en fin, que tras dilatada ausencia, vuelve para embellecerlo todo: desde las llanuras, que se esmaltan de flores, hasta el corazón

del sembrador que se llena de esperanza.

Al primer trueno sucede otro, y entonces, la res, que quedara antes suspensa y recogida, salta y corre por el llano gozosa y juguetona; vuelven las temerosas cabras al aprisco, acuden las aves al oculto nido, y los trabajadores se aperceben para abrigar las sudorosas espaldas. Y en tanto el cielo se nubla más y más hasta oscurecer la tierra, los truenos se suceden, un cortinaje plomizo de desatada lluvia va cubriendo la sierra, sobre su fondo oscuro vibra una cinta de luz deslumbradora quebrada en agudo zigzag, y el viento húmedo y fresco, que baja de la falda del monte, trae hasta nosotros el sabroso y deseado olor de la tierra empapada en la primera lluvia.

¡Bendito sea mil veces ese Dios que levanta las nubes del seno de los mares; que las apiña en los aires y las desata en lluvia sobre los sedientos campos! ¡Bendito sea ese Dios que.....!

¿Pero de dónde viene este malísimo olor que invade mi cuarto? ¡Adios campos y flores, nubes y tierra mojada!

En efecto, un olor de mil demonios, capaz de producir náuseas y aun algo más serio, cortó el hilo de mis poéticas memorias, echándome repentina y desapaciblemente en la grotesca realidad que me rodeaba. No pude soportarle mucho rato y salí al angosto corredorcillo que en el piso alto de la casa había, y como en verdad llovía á torrentes, anduve, estrechándome con la pared, hasta llegar á la sala de Don Ambrosio, ó por mejor decir á la de la casa de huéspedes de que aquel era dueño, administrador y algunas veces portero.

Al verme entrar, el viejo sin alzar la cabeza, me miró por encima de los anteojos, puso el tomo de Alamán que leía, sobre la vacilante mesa redonda, y arrellenándose en su sillón de vaqueta, me dijo señalando el libro:

—Esto es bueno.

—Sí, le contesté, sin hacer caso de su manía de elogiar á Alamán. Pero dígame vd. ¿por qué hay esta pestilencia en toda la casa?

—Pues porque llueve! me respondió con naturalidad.

—¡Porque llueve! exclamé estupefacto.

Y aunque muy rápidamente, pasó por mi cabeza la idea de si no llovería en la *Ciudad de los Palacios* agua tan limpia como en todas partes.

—Son las atarjeas, continuó el viejo; es decir, la alcantarilla de la calle. Es que la ciudad no tiene desagüe ni lo tiene el valle de México tampoco, ni lo tendrá mientras la *leperuza* que se llama liberal esté dominando en el país. ¿Ya ve vd. esa peste? Pues estos tienen la culpa, porque no se acuerdan de las necesidades de la Nación. Si yo fuera presidente un año ¿sabe vd? ¡un año no más! dejaba yo el valle seco como la yesca, y la ciudad limpia, sin lodo, ni charcos, ni hedor. Con que si vd. es liberalito, aguante y diga que huele á rosas.

Don Ambrosio se había puesto en pie y hablaba con tono irritado, como de costumbre. La montera de hilo negro parecía plegarse con ira, como las mejillas de su dueño, y la borla saltaba de las sienas al colodrillo y del colodrillo á la frente con incesante inquietud. La piel, de suyo roja, del buen Bar-

badillo, se había puesto escarlata; chispeaban los encapotados ojos, y el espeso y cano bigote, dorado en su parte principal por el humo del tabaco, se agitaba con fuerza por la ausencia de toda la dentadura.

Los treinta y tantos días que llevaba yo de tratarle, eran más que bastantes para que me fuera bien conocido su genio gruñón y áspero aunque inofensivo. Mis compañeros de hospedaje le daban por el flaco y armaban con él cada disputa que aturdían la casa hasta hacer ladrar al perro de la portera, chillar á la cotorra de Jacintita Barbadillo, huir al gato de los estudiantes, y aun atraer á la puerta del comedor (en donde el caso era más frecuente), á los chicos del Agente de negocios, con sus caras sucias, rotos pantalones y zapatos derrengados.

Dicha la última frase, Don Ambrosio volvió á su sillón; pero no llegó á sentarse, porque le pregunté:

—¿Y á qué viene todo eso?

—¿A qué viene? me replicó, encarándome otra vez conmigo. A que vd. ha aprendido del «enteco» de Joaquín á criticarlo todo,



como si estuvieran acabaditos de llegar de París. México es la primera ciudad de la América latina, y digan ustedes lo que quieran. Los extranjeros que llegan aquí, se quedan admirados; sí, señor, admirados verdaderamente. Y si cuando llueve hay mal olor, eso es culpa no de la ciudad, sino de quien no la limpia. Es porque esta *leperuza* liberal....

Y siguió Don Ambrosio con un largo párrafo de declamación airada y terrible, que no tuviera fin, á no entrar en la sala el estudiante á quien antes había nombrado y que casi casi le causaba miedo.

Aquel muchacho, canijo y enclenque, pálido, ojeroso y de grandes, delgadas y transparentes orejas, no podía estar quieto delante de Barbadillo, á quien movía á toda hora disputas, calentándole la sangre y provocando su explosiva cólera. Llegar, comenzar á reir, y tomar por su cuenta el negocio, fué todo uno; de suerte que yo cambié de buena gana mi papel de actor por el de espectador de aquella regocijadísima cuestión, la cual se prolongó durante mucho rato, haciéndome

me olvidar la lluvia y hasta el mal olor de que tenían la culpa los liberales.

Serían las cuatro y media cuando la lluvia cesó por completo, y el sol comenzó á entrar como á hurtadillas por el balcón de la sala, secando los ladrillos que en buen espacio había invadido el agua, escurrida por debajo de la vidriera. Entonces, al ruido del agua que caía sucedió el del agua fuertemente removida por los coches que pasaban; y al de los truenos, el de mil gritos, silbidos y carcajadas que se confundían en la calle, y llegaban á nosotros formando un rumor áspero y casi uniforme.

Joaquín y el viejo me siguieron al balcón, al cual salí movido de la curiosidad que la singular algazara despertó en mí.

La calle del Puente de Monzón estaba de bote en bote, al grado de no dejar ver las banquetas sino en uno que otro punto cerca de las paredes. Monserrate y el Tompeate no estaban menos favorecidas; aquello era un río encauzado por los edificios de una y otra banda; pero río de agua sucia, espesa y pestilente, que exponía á la vista de todos,

los asquerosos intestinos de la ciudad. El español del tendajón de enfrente, metía y apretaba con premiosa actividad gruesa tabla entre los quiciales de la puerta, á manera de dique, para cerrar el paso al agua, antes que las avenidas de las calles adyacentes inundaran el interior de su establecimiento. Los carniceros vecinos, después de armar igual defensa, aunque tardía, por ser su puerta más baja, achicaban el cuarto á jicaras, con el agua á la pantorrilla. En todas las tiendas se trabajaba de un modo semejante; en varios zaguanes colocaban los mozos ó los habitadores de pobre condición, tablas levantadas sobre ladrillos, para que los señores principales pudieran entrar á pie enjuto hasta la escalera.

Para que todo esto fuera un espectáculo, no faltaban siquiera espectadores. Los balcones estaban todos llenos de gente, como si se tratara del desfile de la columna de honor en fiesta nacional. Hombres, señoras de edad, muchachas guapas y feas y niñas de todas edades, contemplaban con regocijo y celebraban con risas los apuros de los inun-

dados, al par que festejaban las groserías de los pilluelos apostados en gran número en las esquinas, quienes ya pasaban aprisa, con los calzones hasta la rodilla, para salpicar á un transeunte tímido, detenido por el río, ya disparaban una silba aturdidora sobre otro que, desesperando de salvarse, se metía resuelta y coléricamente en el agua para llegar al puerto de un zaguán.

Los simones pasaban frecuentemente, sin hacer caso del transeunte detenido que los llamaba con palmadas y voces, y que á lo más obtenía por respuesta una rociada encima, y una oleada que llegaba á cubrirle los pies. Lo cual era oro molido para los *cargadores* ó mozos de cordel que solicitaban *carga*; pues al fin el transeunte aceptaba sus robustas espaldas para llegar á punto seco, excitando la grotesca y ridícula figura que presentaba, cabalgando sobre el mozo á horcajadas, los silbidos de las esquinas y las festivas carcajadas de los balcones.

¡Alegre tarde aquella, por vida mía, en que reí hasta lastimarme la garganta, á buena cuenta de lo que después he dado yo

que reir en circunstancias parecidas! Un mozo cae con su carga al cruzar la calle, y la *carga* le propina un bofetón de cuello vuelto, saliendo ambos de allí hechos una sopa de lodo. Una vieja asoma por un zaguán inundado, mediante el sistema trabajosísimo de dos sillas que se adelantan una después de otra, y da con su cuerpo en el agua, entre las dos muletas, cuando está á tres varas del simón que la espera. El licenciado de la esquina, que ha llegado como por milagro hasta á diez varas de su casa, haciendo prodigios de equilibrio, sin mojarse más que hasta el tobillo, arma un difícil salto para salvar un bache y tomar buen rumbo; pero con tan poco tino, que resbala y cae de rodillas en lo más hondo del charco.

Y en tanto el agua sube y sube, aumentando su caudal con las corrientes mansas pero constantes de las calles vecinas; y crecen los silbidos, las risas, las puyas de Joaquín y las protestas de Barbadillo, el cual jura que en aquella agua asquerosa debieran ser bañados todos los de la chusma liberalesca, que no han podido en pocos mi-

nutos conseguir el desagüe, aunque tampoco lo hicieron los conservadores en muchos años de tener el pandero en la mano.

Nuevos gritos de los pilletes desarrapados llamaron nuestra atención, y vimos que un mozo se tambaleaba en la esquina de la derecha, cargando á un individuo que alzaba los pies cuanto podía para no mojarse, y señalaba la calle del Puente de Monzón. Afirmó la planta el mozo, y con paso lento y firme se encaminó por la dirección marcada, hasta llegar frente á nosotros. El *jinete* señaló la puerta de la casa de huéspedes, y como entonces le miráramos más detenidamente, yo no pude menos de exclamar:

—¡Yo conozco esa cara!

II.

Un buen consejo.

Cómo no había de conocerla! Era la misma, ni más ni menos, que dejé en San Martín de la Piedra en la Jefatura política, y que no encontré á mi regreso porque, un Jefe, al entrar, puso á su dueño de patitas en la calle para colocar en la Secretaría á su propio yerno. Era Sabás Carrasco, bajo un disfraz de caballerete que daba á su estampa grande y pasmosa distinción, en términos de causarme vergüenza mi aire de ganso de pueblo y mi vestido cortado por tijeras de provincia. ¿Habría heredado? ¿Pero á quién diablos había de heredar un hombre que sólo tenía parientes en los jacales

del barrio de las Lomas, y en la ranchería de los Zopilotes?

Me apretó en estrecho abrazo, con el cariño del paisanaje que tanto vale lejos del terruño en que nacimos, mayormente si nos encontramos en el aislamiento de las ciudades populosas. En el pueblo no quería yo á Carrasco, ni le traté mucho, ni quise tratarle tampoco; pero allí, en la casa de Barbardillo, en la calle del Puente de Monzón, en la *Ciudad de los Palacios*, después de más de treinta días de no ver sino caras indiferentes (con las poquísimas excepciones que en su sazón y cuando venga á cuento diré), le quise de veras en el instante en que le ví, ni más ni menos que hijo extraviado que topa, sin conocerla, con la señora que le dió el ser, en estupendo dramón patibulario.

Cambiáronse frases de contento por el hallazgo, preguntas sobre amigos y parientes, y al fin, menos discreto que yo, llegó á hacerme la sacramental pregunta:

—¿Y qué buenos vientos traen á vd. por acá?

Nada de particular. El empleillo de la ca-

pital del Estado no era malejo. Cuando el gobierno cambió, yo iba á ascender mucho, como que el nuevo Gobernador y sus amigos lo eran míos en alto grado; pero el Padre Marojo cayó enfermo, y yo que tanto le debía, no pude excusarme, ni quise tampoco, de ir á recoger su último aliento. Murió el buen anciano después de larga enfermedad, y yo tuve que cumplir el deber postero. Pero los negocios andaban tan mal en San Martín, que la crisis monetaria era desesperante y quitaba la gana de entrar en ninguna empresa, al paso que la política de la capital tomaba un sesgo desagradable para mí. Y he ahí el motivo que me impulsó á marchar hacia la gran metrópoli, en busca de mejores condiciones para el trabajo y para el logro de mis aspiraciones, á las cuales venía estrecha la esperanza que en mi tierra pudiera legítima y cuerdamente abrigarse.

Nunca había yo mentido con más desparpajo ni menos temor de Dios; pero el buen Sabás que no se chupaba el dedo, y que fué haciéndome preguntas cargadas al ramo de

hacienda y á mi sistema rentístico, con algunos toques de balanza y corte de caja, llegó á poner en claro que estaba yo, con amigos gobernadores y aspiraciones infinitas á la cuarta pregunta. Y puesto en claro tan importante asunto, me acribilló á interrogaciones hasta dar por tierra con mi vanidosa vergüenza y rendirme sin remedio.

Tuve que declararlo: necesitaba yo urgentemente una colocación, un trabajo cualquiera que me produjese un sueldo, por más que la retribución no pasara de muy humilde; bien que para extremar así la franqueza, me callé la inversión que daba á la renta de mis caballerías de terreno.

Oyó Sabás impasible mis explicaciones. Una hora hacía que hablábamos, y agradable confianza reemplazaba ya á la vanidad cuidadosa que antes me hiciera mentir tan sin conciencia. Carrasco, verdaderamente interesado en mi favor, hablaba con la naturalidad humilde de quien, como desde San Martín, se juzgaba inferior á mí en todo y por todo.

—Vea vd., me dijo en el discurso de la

conversación; yo no sé si á vd. le agrada-
rá un medio de trabajar que es productivo y
de mucho porvenir...

—¿Cuál es? pregunté, abriendo los ojos
cuanto pude.

—La independencia de su carácter quizá
no lo consienta, continuó Carrasco, mortifi-
cado con la mayor buena fe, por tener que
decírmelo.

—Veamos, dije yo con ansiedad. ¿Cuáles?

—Escribir.

—¡Cómo escribir!

—Sí; escribir en un periódico; ser perio-
dista.

—Pero si yo no he escrito jamás, repli-
qué con desaliento.

—¡Qué no! ¡Pues no habré visto lo que
vd. escribe!

—¡Yo!

—Sí, señor; vd. escribió la proclama de
Don Mateo en San Martín.

—¡Ah!

—Y de esto hace ya tiempo. Hoy debe
vd. de poner la pluma mucho mejor, con lo
que ha aprendido en mejor escuela.

—Pero aquello.....

—Aquello era muy bueno; parecía artícu-
lo de fondo, Juanito. Yo estoy cierto de que
vd. nació para periodista; y muchas veces,
al leer los periódicos de oposición, me he
acordado de vd., por la semejanza de estilos.

—Pero aun suponiendo que yo supiera es-
cribir, me faltan los conocimientos necesarios
para tratar los variados temas de un perió-
dico.

—¡Pues qué dirá vd. de mí! Y sin embar-
go, me gano la vida escribiendo.

—¡Usted! exclamé asombrado.

—Sí, señor. Llegué á México sin saber
cómo vivir; encontré á un diputado paisano
que me conocía, y de recomendación en re-
comendación llegué á colocarme en una im-
prenta como doblador y enfajillador del pe-
riódico *La Columna del Estado*. Ganaba yo
apenas lo necesario para no morir de
hambre y pagar un rincón del Mesón del
Tornito. Gané un poco de confianza, y un
día noté que cuando faltaba material para
La Columna y el jefe no estaba de humor
para escribir, encomendaba este trabajo á un

cajista, el cual lo despachaba pronto y bien, con media docena de párrafos. Me atreví yo también; el jefe vió mi empeño y buena voluntad, y pasado un mes, escribía yo la mitad de la gacetilla. Otro día escribí un artículo sobre lo sagrados que son los derechos del hombre, y el jefe me elevó otro poquito, señalándome tres pesos semanarios desueldo. Ahora escribo yo casi todo el periódico, que es *bisemanal*, y he llegado á alcanzar cinco pesos cada semana, con los cuales vivo ya descansadamente.

Aturdido y lleno de asombro, miraba yo á Sabás con aire de bobo.

—¡Imposible para mí! dije sofocado. Eso es muy difícil.

—Lo mismo creía yo antes de hacerlo, replicó él con sencillez; pero nada de eso. Al principio mucho miedo, mucha vacilación, mucho escribir y tachar y volver á escribir; pero en cogiéndole el modo y tomando confianza, vemos que es muy sencillo el trabajo. El periódico es gobiernista, y, vea vd., á mí me gustaría más que fuera de oposición, porque eso es más bonito y tiene más inte-

rés y hasta es más fácil. Pues bueno: ya se sabe que nuestra regla es defender al gobierno, elogiar sus actos, aplaudir todas las disposiciones; y cuando la materia de éstas es de esas muy enredadas que no se entienden, se escribe en términos generales. Por ejemplo, se trata de una ley sobre la deuda pública, ó sobre cosa semejante, que yo no entiendo, ni siquiera leo, porque es larguísima y cansada. Pues entonces digo que los beneficios de la ley son innegables, y que demuestran la clara inteligencia, profundos conocimientos y patrióticas miras del Ministro del ramo; que ya se hacía indispensable esa ley para el sostenimiento del crédito nacional; y otras frases así, amplias y que sin duda vienen como de molde. A veces se ve uno en ciertos compromisos; pero sale uno como puede. Mire vd., yo acabo de sostener una polémica con un periódico de oposición, sobre la suspensión de las garantías individuales. Derecho Constitucional puro; pero ya ve vd. que esas materias del Derecho *filosófico* son de sentido común y no se necesita ser abogado para tratarlas. Además,

yo me atuve á los términos generales, y artículos van y artículos vienen, fuertes, muy fuertes; y el jefe me decía: «Bien, Carrasco, no afloje, déle duro.» Y yo firme, trabajando con todo empeño. Los periódicos amigos reproducían mis artículos y los elogiaban, y al fin la polémica terminó, porque se presentó otro asunto más importante de qué tratar.

No sé qué comezón interior sentía yo, oyendo á Carrasco, que se confundía y amasaba con el desagrado, el enojo ó no sé qué sentimiento de antipatía y repugnancia que tales revelaciones despertaban dentro de mí. Pero la comezón debía de ser muy viva, cuando no proferí alguna mala palabra contra todo aquello.

—Por lo menos, indiqué, sería preciso estudiar un poco la Gramática.....

—¿Y para qué? me replicó mi amigo con ingenuo entono. Nosotros no tratamos nunca cuestiones gramaticales.

—Pero, hombre.....

—Ni de otra ciencia, á no ser que nos lo propongamos, y en tal caso se lee antes alguna cosa, y eso bastá.

La conversación continuó largo rato, y según íbamos entrando en ella, se exasperaba la comezón que yo sentía, aquella comezón ardorosa y picante que me fué poniendo inquieto y desazonado. En tanto Sabás parecía haber emprendido una conquista en forma, pues ya no se limitaba á referir, sino antes bien discutía con empeño y calor, como si tuviera designio de vencer mi resistencia, dando al través con mi modestia y buen juicio.

Nada; que había yo de consentir. Mi necesidad era urgente, y si yo quería, á él no le faltarían medios de conseguirme una colocación en *La Columna del Estado*. ¡Ya quisiera él escribir como yo! Además, recordaba que yo tenía mis buenas tinturas de diversas materias; pues más de una ocasión me oyó hablar en San Martín de cosas que él no entendía y que le dejaban turulado. Estaba seguro de que yo llegaría á mucha altura en breve tiempo, tanto en fama como en sueldo, puesto que comparándose conmigo, se veía tan insignificante y mendrugo.

Ya estaban cerca las ocho de la noche, cuando Carrasco se despidió de mí, no sin

anunciarme para muy pronto su segunda visita; y cuando bajaba ya la escalera, se detuvo y me dijo:

—Se me olvidaba decirle á vd. que Don José María Rojo, anda desde hace quince días buscándolo. Hoy no lo he visto, pero mañana le mandaré avisar que he dado con la casa. Yo lo averigüé al fin con un amigo que está empleado en el correo.

La alegría me aturdió y no pregunté á Carrasco el domicilio de Pepe. ¡Torpe! Tendría yo que esperar hasta el día siguiente.

Dadas las condiciones de nuestra cena, cualquier pretexto era bastante para no tener apetito. Aquella noche no fuí á la mesa. Pepe con su ancha y angulosa cara no me dejaba en quietud, y su recuerdo parecía que excitaba la comezón pertinaz que dejó en mis entrañas la conversación de Carrasco.

A las nueve tomé mi sombrero para salir; pero me detuvo la idea de que las calles estarían aún intransitables.

—No me esperará hoy; pensé, la veré mañana y quizá le lleve una noticia alegre.

III.

La Comezón.

BUSCAR el reposo en la almohada, es en ciertas ocasiones un bonísimo disparate, en el cual, no obstante, hemos incurrido todos los que alguna vez tuvimos una idea que preocupa ó una congoja que inquieta. Queremos descansar y eso basta; sin que haya razón que nos persuada ni escarmiento que nos aparte del primer designio. A la cama, que allí está el reposo. Y ponemos la cabeza en la almohada; es decir, la marmita al fuego.

Maté la luz, me volví hacia la pared, coloqué la cabeza en la mejor y más blanda porción de la almohada, cerré los párpados,